

En la tarde del 9 fué Petion á la Asamblea, anunció que la asonada se verificaria aquella noche, y dió por sí mismo la orden á Mr. de Mandat de reforzar las guardias y rechazar la fuerza con la fuerza.

Mr. de Mandat, uno de los tres gefes de division que mandaban por turno la guardia nacional, y que estaba encargado por esta razon del mando de las Tulléries, era un noble de las cercanías de París, capitan de las guardias francesas antes de la revolucion, siendo despues comandante de batallon de la guardia nacional en tiempo de La Fayette, de cuyas opiniones participaba. Adicto á la Constitucion por sus ideas, y por su corazon al rey, creia cumplir sus deberes de opinion y de soldado defendiendo en Luis XVI, al rey de sus abuelos y al gefe legal de la nacion. Hombre valiente, pero de pocos recursos intelectuales, era más propio para morir que para mandar bien; el rey, sin embargo, se fiaba con razon en su afecto. El jueves 9 Mandat dió orden á diez y seis batallones de la guardia nacional para que estuviesen prontos á marchar. A las seis de la tarde se triplicaron todos los puestos del palacio. Hacia dos dias que el regimiento entero de los guardias suizos, compuesto de novecientos hombres habia llegado, dejando solo un destacamento de algunos hombres en su cuartel de Courbevoie. Era su gefe Mr. de Maillardoz, y se les habia alojado en el palacio de Brionne y en las caballerizas del pabellon Marsan. A las once se pusieron sobre las armas y se les situó en los puestos avanzados á la salida de todas las avenidas.

En la noche del 9 y 10 de octubre de 1793, cuando el pueblo de París se levantó contra el gobierno de la Convencion, el ejército nacional se reunió en el patio del Louvre. El general Danton, que mandaba la fuerza, dió la orden de marchar contra el palacio de la Convencion. Los guardias nacionales se reunieron en el patio del Louvre, y se les dió la orden de marchar contra el palacio de la Convencion.

XII.

Treinta guardias nacionales estaban con los suizos en el Patio Real, al pie de la escalera principal, con orden de Mandat para rechazar la fuerza con la fuerza, tal como Petion mismo se la habia dado al comandante general. Paris carecia de tropas de linea, los generales Wittenkoff y Boissieu, que mandaban la 17.ª division militar, en la que Paris está comprendido, no tenian á sus órdenes mas que la gendarmeria á caballo; la de infanteria permanecia en sus cuarteles, á escepcion de ciento cincuenta hombres situados en el palacio de Tolosa para proteger en caso necesario al tesoro real: treinta hombres de la gendarmeria de las cercanías de Paris estaban apostados al pie de la escalera del patio de los Principes. La gendarmeria á caballo contaba con seiscientos ginetes, mandados por Mres. de Rulhiere y Verdier; á las once de la noche esta caballeria se formó en batalla en el patio del Louvre: un corto escuadron de gendarmeria á caballo llegó del departamento y se situó en el Carrousel. En el Patio Real habia cuatro piezas de artilleria, delante de la puerta grande, situándose además una en el patio de los Suizos, otra en el de los Principes, otra en el de Marsan, dos en el puente levadizo, una á la embocadura del Puente Real, y dos á la puerta del Picadero; en todo doce piezas. Los artilleros eran voluntarios de la guardia nacional, envanecidos por la superioridad de su arma, y poco dóciles á la obediencia.

Los diez y seis batallones de la guardia nacional llegaron por destacamentos, con intervalos de una hora: reunidos con trabajo no formaron en su totalidad sino unos dos mil combatientes. Los oficiales suizos fraternizaban con los oficiales de estos destacamentos á medida

que iban llegando, y les hacían presente, que sus soldados, llenos de deferencia por la nación, seguirían el ejemplo de la guardia nacional, *y que no harían ni más ni menos que los ciudadanos de París*. Los suizos se formaron en masa en el vestibulo; ¡su bandera estaba allí! Sentados en bancos y en los peldaños de la escalera, con los fusiles en las manos, pasaron en un profundo y marcial silencio las primeras horas de la noche. El reflejo de las luces en las armas, el golpeo de las culatas, que se oía de cuando en cuando en el mármol y el *quien vive* en voz baja de los centinelas, daban al palacio el aspecto de un campo al frente del enemigo. Los uniformes rojos de estos ochocientos suizos, sentados ó tendidos sobre las mesetas, en los escalones y las rampas, presentaban con anticipación la escalera de los Príncipes como un torrente de sangre. Indiferentes á toda causa política, republicanos prontos á combatir contra la república, estos hombres no tenían más alma que la disciplina ni más opinión que el honor. Iban á morir por su palabra y no por sus ideas ó por su patria; pero la fidelidad es una virtud por sí misma; esta indiferencia de los suizos por la causa del rey ó del pueblo, hacia su heroísmo no tan santo, pero sí más militar. ¡No tuvieron la abnegación del patriota, pero sí la del soldado!

XIII.

A escepcion de estos suizos mandados por los intrépidos oficiales Maillardoz, d' Erlach y Bachman, las otras tropas esparcidas por los jardines y en los patios, tanto gendarmería como artilleros y guardias nacionales, no presentaban ni número, ni unidad, ni adhesión. El soldado voluntario no conocía á sus oficiales, y el oficial no contaba con sus soldados: el valor era individual como

las opiniones, y el espíritu de cuerpo, esta alma de las tropas, les faltaba, reemplazándolo por el espíritu de partido.

Pero las opiniones en lugar de ser la fuerza son el disolvente de los ejércitos; cada uno tenía la suya y trataba de hacerla prevalecer en las controversias que se armaban y que con frecuencia paraban en riñas. Estos querían que se anticipase el ataque y que se marchase sobre la casa del ayuntamiento y sobre las principales avenidas de las columnas del pueblo, para dispersar las reuniones antes que se engrosasen: aquellos pedían que se fuese á bloquear á los marseleses, aun quietos en su cuartel de los Franciscanos, y que se les desarmase con la artillería para ahogar de este modo el incendio en su principal foco: el mayor número temía la responsabilidad del día siguiente si disparaban los primeros tiros, y encerrándose en la legalidad estricta como en una fortaleza, querían que se aguardase la agresión del pueblo y que no se hiciese más que rechazar la fuerza con la fuerza, según la letra de la Constitución. Puritanos de la legalidad, creían que la Constitución se defendería por sí misma.

Algunos se desahogaban en sordas imprecaciones contra el rey, cuyas debilidades traducidas por traiciones habían llevado á la patria al último extremo en el exterior, y á los ciudadanos á unas crisis en el interior, en las cuales, amenazando con sus ademanes á las ventanas del palacio, y maldiciendo á una corte *perfidá* que dominaba á un rey bueno, pero débil, le achacaban todas las calamidades que pesaban sobre la patria. Los artilleros decían en voz alta que apuntarían sus piezas al palacio antes que tirar sobre el pueblo. La confusión reinaba en los patios, en los jardines y en los puestos. Los batallones incompletos se situaban y se trasladaban de un punto á otro por capricho: las órdenes de los gefes se cruzaban y se contradecían: ningun pensamiento militar

presidia á estos movimientos desordenados; se situaba un batallon aquí ó allá segun el capricho ó la ambicion de un oficial; se cambiaba de sitio con la misma imprevision, y compañías enteras se separaban de sus batallones y se marchaban con las culatas vueltas hácia arriba á situarse sobre el Carrousel ó sobre los diques, indecisas hasta el último momento sobre si seguirian en su puesto ó harian causa comun con los de fuera.

Cada batallon que llegaba cambiaba el espíritu en la guardia nacional. Los batallones de los cuarteles del centro, primeros que llegaron, y compuestos de ricos vecinos de París, estaban animados del espíritu de La Fayette, cuyos pretorianos habian sido por espacio de tres años. Vencedores en el Campo de Marte, en Vincennes y en veinte molines, despreciaban al populacho y querian vengar á la Constitucion y al rey de los ultrages del 20 de junio. El batallon del arrabal de San German, desertado por la nobleza y compuesto de solo los proletarios de aquel cuartel de la emigracion; los batallones de los arrabales, compuestos de jornaleros que contaban mas picas que bayonetas en sus filas y contaminados por las pérfidas insinuaciones que oian continuamente contra el rey, mezcladas de calumnias contra la reina, no comprendian una constitucion que les ordenaba ir á defender el palacio de una córte que les enseñaban todos los dias á aborrecer. Reunidos maquinalmente al toque de llamada alrededor de la bandera, entraron en las Tullerías dando las voces de ¡Viva Petion! y de ¡Viva la nacion! Los batallones fieles respondian á estas voces desde las ventanas con las de ¡Viva el rey! y miradas amenazadoras, gestos provocativos y apóstrofes injuriosos se cambiaban á cada momento entre estos cuerpos destinados á combatir en breve por la misma causa. Los artilleros daban la mano á los hombres de las picas prometiéndoles su inmovilidad ó su apoyo en cuanto se presentase el pueblo. El batallon de los Hijos de Santo To-

más, alarmado con la disposicion de los artilleros envió cuarenta granaderos escogidos para que vigilasen la salida, situandose al lado de ellos sin que lo notasen, tratando de impedir con esta medida que llevasen las piezas.

XIV.

Tales eran en el exterior la fuerza, la actitud y las disposiciones morales de los defensores del palacio. Reducidos estos á cuatro ó cinco mil hombres, algunos adictos, muchos indiferentes, y la mayor parte hostiles, mandados por la impresion del momento, su número variaba de hora en hora segun la fidelidad ó la desercion engrosaba ó disminuía las filas. Fuera de los patios, en las calles inmediatas y en el Carrousel, la multitud curiosa ó irritada llenaba las avenidas del palacio. Los hombres del 20 de junio, los federados ociosos y errantes por París, los marseleses que la voz de Danton no habia reunido aun á los franciscanos, se agrupaban en todos los postigos y en todas las puertas del lado del jardin, del Puente Real y de los patios, acogiendo con exclamaciones de alegría á los batallones de las picas: «¡Somos vuestros hermanos y ved ahí al enemigo! les decian mostrándoles las ventanas del rey. ¡Traed su cabeza y las de su muger y de sus hijos por bandera en la punta de las picas!» Los signos de inteligencia y las risotadas respondian á estas imprecaciones.

Las puertas que separaban el Patio Real de las Tullerías no estaban cerradas; y la afluencia del pueblo amenazaba sin cesar franquear sus umbrales. Al ver esto se establecieron dos suizos de centinela á los costados de esta puerta para impedir la entrada; un marselesés salió entonces de entre la multitud con el sable desenvainado: «¡Miserables! dijo éste á los suizos levantando el arma

sobre ellos, tened presente que esta es la última guardia que montais: ¡dentro de pocas horas os vamos á esterminar! Hombres, muchachos y mugeres encaramándose los unos sobre los otros se subieron á los tejados y á las tapias que se estienden entre el Carronsel y los patios del palacio, insultando desde allí á los guardias nacionales y á los suizos. Desde los aposentos del rey se veía aquel hervidero del pueblo que engrosaba de un momento á otro en los alrededores del palacio.

XV.

En el interior de este, las fuerzas, aunque mas homogéneas, no eran mas imponentes. Habia mas resolución, pero no mas unidad. Los gefes de los batallones de la guardia nacional de los Hijos de Santo Tomás y de la Cuesta de los Molinos habian traído aquellos hombres que creian mas seguros, uniéndose á estos algunos de los otros batallones voluntariamente, ocupando confusamente los puestos principales, las galerías, las antecámaras del rey, de la reina, de los príncipes y de madama Isabel, en número de setecientos á ochocientos hombres. Estas habitaciones comprendidas entre la escalera de los Príncipes en el pabellon de Flora y la gran escalera en el pabellon del Reloj, centro del palacio, abraza un espacio inmenso. Madama Isabel habitaba el pabellon de Flora, y como alhajado para una princesa tan recogida, no se veía en él otros adornos que pájaros, flores y algunas labores de mano. La reina ocupaba los aposentos bajos de la parte del palacio que se estiende desde la escalera de los Príncipes á la grande. En estos aposentos compuestos de habitaciones casi á nivel del patio y de los jardines, y en aquellos entresuelos en que se habian hecho varios gabinetes particulares, era donde la reina re-

cibia á los consejeros secretos de la corona: estas piezas se comunicaban con los aposentos del rey por escaleras secretas. El rey ocupaba inmediato á sus hijos las grandes habitaciones del primer piso de esta parte del edificio. Estas piezas estaban detrás de la galería de los Carracios, llamada así por los pintores que las habian decorado: las ventanas daban al jardin y se comunicaban por corredores oscuros y tortuosos.

El rey, apasionado por las costumbres simples y laboriosas del hombre del pueblo, habia hecho practicar en estas grandes habitaciones unos cuartitos separados, en donde gustaba retirarse, bien para el estudio, ó bien para sus trabajos de cerrajería. Así como otros genios ansian por la elevacion, el suyo por el contrario, queria rebajarse. En estos cuartos estrechos, en que la vista apenas descubria las copas de los árboles de las Tullerías y de los Campos Elíseos, en medio de sus libros de historia y de viages, de sus cartas geográficas ó de herramientas de su taller, era donde le gustaba hacerse ilusiones sobre su condicion, creyéndose un hombre vulgarmente feliz, rodeado de su muger, de sus hijos y de los instrumentos de su oficio diario, robando á los cuidados del trono estas horas de tranquila oscuridad. Abdicaba un momento el rango supremo, y se persuadia que el destino le olvidaba, porque él olvidaba al destino.

XVI.

Toda esta parte del palacio, así como la galería de los Carracios, la sala del Consejo, la cámara del Lecho, la sala de los Guardias, el teatro y la capilla, se habian convertido en una plaza de armas, llena de fusiles en pabellon, de puestos militares y de grupos de hombres armados. Los unos sentados en silencio sobre las banquetas,

se dormían con los fusiles entre las piernas; los otros envueltos en sus capas se echaban á reposar en los pavimentos de los salones; el mayor número formando grupos en los huecos de las ventanas y en los balcones del palacio alumbrados por la luna, hablaban en voz baja de los preparativos del ataque y de los riesgos de la noche. De minuto en minuto, Mandat, comandante general, y sus ayudantes, pasaban de los jardines y de los patios á donde estaba el rey, y desde aquí á los puestos. Los ministros, los generales Mr. de Boissieu, Mr. de Lachennaye, segundo jefe superior de la guardia nacional é inmediato subordinado de Mandat, d' Ermigni, jefe de la gendarmería, Carl y Guinguerlo, sus tenientes, Røederer, los miembros del parlamento de Paris, los dos oficiales municipales Leroux y Borie y el mismo Petion, recorrían sin cesar los aposentos; sus fisonomías mas ó menos sombrías ó serenas, segun las noticias que traían al rey, inspiraban la inquietud ó la desconfianza en las salas; algunas palabras dichas por estos jefes, al pasar, á los comandantes de los puestos circulaban en seguida de unos á otros: las horas eran largas como la incertidumbre y agitadas como la esperanza.

XVII.

Mientras que estas tropas legales se agrupaban obedeciendo á la ley en torno del jefe constitucional del reino, otros defensores voluntarios llamados desde el interior de sus provincias ó de sus residencias por los peligros de esta jornada, se estrechaban alrededor del rey para cubrirlo con sus cuerpos. Sin otro título que su valor para entrar en el palacio en que su presencia era sospechosa á la guardia nacional, se deslizaban uno á uno sin uniforme, ocultando sus armas y bajando la

cabeza como si se avergonzasen de venir á ofrecer su sangre y su vida.

Estos eran los oficiales de la guardia constitucional recientemente licenciada por decreto de la Asamblea, pero que conservaban sus armas prontas y su juramento en el corazón; algunos realistas jóvenes de Paris que á la edad en que la generosidad forma la opinion, y prendados de las lágrimas de la reina, de las virtudes de su hermana, de la inocencia de sus hijos y de los suplicios del trono, hallaban glorioso alistarse en el partido de los débiles. Andrés Chenier, Champeynet, Suleau y Richer Serez y todos los escritores realistas y constitucionales que dejaban sucesivamente la pluma por la espada y la espada por la pluma; tambien estaban allí algunos fieles servidores del palacio, unidos á la corte de padres á hijos para quienes el hogar del rey era su propio hogar; ancianos llegados de Versalles, de Fontainebleau y Compiègne, á la noticia de los peligros de su dueño, acompañados algunos de sus hijos educados con los pages y que apenas tenían fuerza para llevar las armas, pero reconocidas todas estas familias feudales á los beneficios que habían recibido de la corona, se ofrecían todos á su amo sin reservarse ni la vejez ni la juventud, prontos á sacrificarse por el trono á quien todo lo debían; en fin, allí estaban cerca de doscientos nobles de Paris ó de las provincias, la mayor parte valientes oficiales retirados recientemente de sus regimientos, y que no habían querido hacer traición á su clase, marchando contra los emigrados hermanos suyos, ni hacérsela á su patria emigrando, salidos de sus provincias para ofrecer sus brazos al rey, representaban ellos todo lo que quedaba en Francia de aquella nobleza militar que había ido á plantar su campo al extranjero. Puestos entre su conciencia que les prohibía combatir contra su patria, el pueblo que sospechaba de ellos y la corte que les conminaba, representándoles su fidelidad que debían á su país, estos no-

bles cumplieran su deber sin esperanzas y sin ilusiones, persuadidos de la ingratitude de la corte, si la corona triunfaba, y seguros de morir si el pueblo salía vencedor.

¡Adhesion austera que tenia su premio en sí misma, muerte ingrata y desconocida, único papel que la desgracia de los tiempos dejaba á esta nobleza que queria ser á la vez fiel como los caballeros y nacional como los ciudadanos! El anciano é intrépido mariscal de Mailly de edad de ochenta años, pero jóven por su adhesion á su desgraciado señor, de quien era tambien amigo, pasó la noche armado y en pie á la cabeza de estos nobles. Los señores de Hervilly, de Pont-Labbé, de Viomenil, de Casteja, de Villers, de Lamartine, de Virieu, de Vegier, de Clermont, de Amboise, de Bouves, de Autichamp, de Allonville, de Maille, de Chastenay, de Damas y de Puysegur, todos militares de graduacion y de diversas armas, mandaban á las órdenes del mariscal de Mailly las compañías de esta tropa escogida.

XVIII.

Este cuerpo de reserva se dividió en dos secciones, una á las órdenes de Mr. de Puysegur, teniente general, y de Mr. Pont Labbé, mariscal de campo, y la otra tenia por capitán á Mr. de Viomenil, teniente general, y por teniente á Mr. de Hervilly que habia sido comandante de la disuelta guardia constitucional. Estos oficiales habian creído encontrar armas á proposito en el palacio, pero se habia descuidado esta precaucion, y no tenia la mayor parte mas que sus espadas y pistolas: algunos empleados civiles de la casa del rey que se habian unido á esta tropa se habian armado de prisa con los morillos y tenazas de las chimeneas de los aposentos: estas armas

se ennoblecieron por el valor desesperado de los servidores que las tomaban para defender con ellas la morada de su soberano.

Mr. de Hervilly hizo revistar por el rey y la reina á estas dos compañías formadas en ala en los salones. La familia real mas, conmovida por la abnegacion de esta nobleza, que asustada por su escaso número, dirigió algunas palabras de benevolencia á estos leales oficiales: algunos acentos enérgicos de Maria Antonieta, la dignidad de su aspecto y la firmeza de sus miradas, electrizaron de tal modo á este puñado de valientes que sacaron sus espadas y cargaron espontáneamente sus armas sin otro mando que un movimiento unánime y marcial. Todos juraron espontáneamente salvar al rey ó morir. La victoria se veia en su actitud. Algunos granaderos de la guardia nacional se confundieron entre sus filas, para mostrar la confianza mútua, y la unidad de adhesion que animaba á todos los amigos del rey sin distincion de armas.

La masa de guardias nacionales repartida en los aposentos y en los patios, murmuró de estas manifestaciones realistas, afectando ver una conspiracion en esta fidelidad. La reina, poniéndose en la puerta de la Cámara del Consejo, entre ellos y la guardia nacional, resistió con firmeza á la demanda de espulsar de allí á los últimos y mas fieles amigos del rey. «Ved, señores, dijo á la guardia nacional señalando á la columna de los realistas, que estos son nuestros amigos y los vuestros! Vienen á participar de vuestros peligros, y no piden sino el honor de combatir con vosotros; colocadlos en donde querais, os obedecerán, y seguirán vuestro ejemplo, mostrando en todas partes á los defensores de la monarquía cómo se muere por su rey.» Estas palabras calmaron la irritacion de los que las oyeron, pero mal interpretadas y mal repetidas por los que estaban mas separados, causaron envidia y los resentimientos entre los batallones.

Uno de estos nobles, al pasar delante de un cuerpo

de guardias nacionales formado en batalla en el Patio Real, tuvo la imprudencia de aproximarse al oficial que lo mandaba. «¡Vamos, señores guardias nacionales, le dijo, este es el momento de mostrar valor!» Estas expresiones hirieron la susceptibilidad de los ciudadanos. «¡Valor! estad tranquilo, respondió uno de los capitanes de este batallón, no nos faltará, pero no será á vuestro lado donde nosotros lo demostraremos.» Y saliendo de la fila y del patio, fué á unirse con el pueblo, siguiéndole la mitad del batallón.

Todo presagiaba la defeccion, nada escitaba el entusiasmo; obraban al acaso y no se tomaba ninguna medida de salvacion: el rey rezaba en lugar de obrar.

XIX.

Mas cristiano que rey, encerrado durante muchas horas con el padre Hebert, su confesor, empleó en resignarse estos momentos críticos, que las catástrofes mas desesperadas dejan aun á los grandes caractéres para reasir la fortuna. Cuatro ó cinco mil combatientes teniendo por campo de batalla el palacio del rey, con tropa disciplinada, con artillería, caballería, un rey á la cabeza, una reina intrépida, unos niños inocentes en medio de ellos, una Asamblea indecisa á la puerta, la legalidad y la Constitucion de su parte, y al menos, la opinion dividida en la nacion, podian acaso rechazar las masas confusas y desordenadas que la insurreccion conducia lentamente hácia el palacio, romper las columnas del pueblo que no se aumentaban sino con los indecisos que atraian; destruir á los marseleses que eran odiados en Paris, barrer los arrabales, reunir los batallones indecisos de la fuerza civil por el prestigio de la victoria, imponer á la Asamblea en que la mayoría dudaba aun el día anterior, vol-

ver á tomar en un momento el ascendiente de la legalidad y de la fuerza, hacer llamar á La Fayette y á Luckner, reunirse con las tropas en Compiègne, poner al rey en el centro del ejército entre el extranjero y su pueblo, y hacer recular á la vez á la coalicion y á la revolucion en pocos dias, obra para la cual se necesitaba un héroe, y la monarquía no tenia mas que una víctima.